

Viaje por la vitrina vienesas de Vigía y otros avatares de Zaldívar

EL DESCUBRIMIENTO

Como la América para Colón, antes que un lugar fue un deseo. Es decir, lo contrario. Una errancia. Una búsqueda. ¿De qué? No se sabía bien. Algo, un enlace, un arraigo, una imantación. Una imantación, sí. Ocurrió en Guadalajara, México. Un recinto demasiado grande, frío. Pero quemante de intereses y vanidades. Se dice que hasta intrigas se cuecen. Salvo en el cuadrilátero de una exigua mesita improvisada en el peor rincón, a un lado de la entrada, apenas atendible entre el trasiego y el ruido. Y una joven menuda de ojos verdes, sentada, como esas campesinas con los siete melones de su huerto al borde del camino, ofreciendo su mercadería.

Un producto no como los otros, sobre un rectángulo que no era cualquier mesa: una superficie irradiante como las ventanas de Ynaca Eco. Salían de allí unos hilos dorados que me enlazaban por el puño y me halaban desde lejos. Temiendo lo inevitable, mantuve en este punto una distancia, si curiosa, prudente. Entonces invadieron mi reducido círculo, saltando sobre cráneos pulidos o frondosos, un rosa viejo, un fucsia, unos índigos que se pegaban a mi pupila y teñían todo objeto contiguo. Raras partículas de cirio, papiro o henequén, polvo de estrellas, plumas se depositaron insensiblemente a mis pies trazándome la vía a seguir, nueva Gretl, en aquel trasnochado bosque.

LA CITA

Sobre el cuadrilátero aquél brillaban los objetos que habían exhalado extrañas vibraciones, obrando la suerte de hechizo que por fin, tras dudosos quites y desvíos, me condujo hasta allí. Estaba un libro de traducciones del inglés

María Elena Blanco

de Eliseo Diego, que contenía la luctuosa elegía de Thomas Gray, uno de los poemas favoritos de mis melancólicos catorce o quince años, y el de Marlowe «A su esquiua amante», que junto con el suave epicureísmo de Ronsard me titilaba a mis pícaros diecisiete. Estaba, de los inagotables Cintio Vitier y Fina García Marruz, un volumen que recogía poesía y ensayos dedicados a san Juan de la Cruz en su cuatricentenario. Había también un *pergamino*, especie de desplegable con una pequeña lazada de cáñamo para colgar en la pared, develando un poema de autora desconocida, de apellido Baranda. Y un volumen de un tal Zaldívar cuyo título, *Con el cuidado del que pisa en falso*, repercutía curiosamente en mí como un eco de algo vivido.

Y detrás, unos ojos. Envuelta ya en el ámbito inmediato de la mesa no supe decir de dónde provenían los efluvios más fuertes, si de esos libros con cera chorreando y pabilos marchitos, con irisaciones de espejos o de ángeles o, como reza la inmortal canción, de aquellos ojos verdes. Gisela Baranda. *Ediciones Vigía*.

EL CUERPO A CUERPO

Se entabla entonces la negociación. Una simple compraventa. Nada más normal: el libro, en la Feria de Guadalajara, como en la de Frankfurt o Santiago, es mercancía, pura y lisa. Ella vende. Hola. En dólares. Yo pago. Me quedan 75. Me los deja en 40, 20, 10 y 5. Sonrío agradecida, deshaciéndome sin más del resto de mi viático. Terminado el recital, en que Baranda y Zaldívar leen *côte-à-côte* con los ungidos, esos objetos mágicos siguen haciendo de las suyas. Por lo pronto, los libros se transforman. Dedicatorias vienen a llenar un vacío, esa tierra de nadie entre el libro como mercancía, su cubierta-anzuelo, y el libro como palabra, soplo vivo, alma: su fondo de misterio. «De su amigo Eliseo Diego» firma la mano temblorosa, ya rondada por la muerte, aquella «Conversación con los difuntos». Fina y Cintio estampan, a la sombra de San Juan de la Cruz, «un saludo fraterno». Pese a la menguada rentabilidad de mi compra, Zaldívar pone su «segura amistad». Amén.

ECOS Y MURMULLOS

Las voces también obran su embrujo. Las voces en coro y *a capella* allí me cuentan un secreto a voces: el cincuentenario de *Orígenes*, La Habana, verano y 1994. Ponencia, carta de invitación, dice Cintio; 70º cumpleaños de Carilda en Matanzas, visita a la Casa de la Vigía, maratón poético, dice Alfredo Zaldívar, director y fundador, en 1985, de las Ediciones Vigía, de Matanzas. Carilda es Carilda Oliver Labra, matancera poetisa de rompe y rasga.

Matanzas, luego, no era más que un vago recuerdo de infancia. Ahora, cobrará el acerado perfil de la vivencia. Empiezo por ver el río San Juan desde su mejor ángulo, un balcón de la Casa de la Vigía y, acto seguido, aprendo a picar un esténcil machacando las teclas de una vetusta Underwood con mi traducción de unos poemas de Baudelaire para la *Revista del Vigía*, mientras

Eduardo les conecta el fax aún sin estrenar. Por allí andan Laura Ruiz Montes, poeta y editora, y su deliciosa hija Beatriz; Rolando Estévez, artista gráfico; Charo Guerra; Maribel Tápanes; Lissette Martínez y Enrique Ramos; Hilda Santana: sólo un puñado de los integrantes del Taller Editorial Vigía, los meros artífices de aquellos objetos luminosos. A los que se suman luego, entre muchos otros oficiantes de este lírico ritual, personajes de culto, como el entrañable Orlandito García Lorenzo y cierto excelente *poète maudit* de nombre Luis Marimón, prematuramente raptados por la Parca, y la homenajeadada Carilda, del brazo de su penúltimo amante, novel titán del olimpo literario local.

Para la ocasión, que la vivaz poetisa desde sus tacones de aguja coronó con una estrepitosa caída que la llevó el mismo día de su fiesta al hospital —por ventura sana y salva tras varios meses de terapia—, había venido de la capital otra joya, podríamos decir reliquia, de la poesía femenina nacional, la eterna Serafina Núñez, acompañada de Soleida Ríos, poeta recoleta y fina. Y, del interior de la Isla, la sonetista Mireya Piñero, espiritual y reservada, y —en sonado contraste— la vehemente Lourdes González, atrevida y encantada de serlo.

HASTA EL DANUBIO AZUL

En el 98 se concreta por fin la invitación propuesta a varias instituciones culturales locales. ¡Vigía a la frívola capital del vals! Al dinámico dúo Zaldívar-Gisela se uniría la serena, la pensativa Laura. Un complicado trayecto de Madrid a Estocolmo, a Viena y vuelta a España, con actividades y relevo de anfitriones en cada escala. En Suecia, contaban con el patrocinio del Centro Internacional Olof Palme, gracias al respaldo de René Vázquez Díaz, cuya antología de poemas en prosa de Artur Lundkvist, en traducción al castellano, se presentó en ese tramo de la gira.

Aquí, en Viena, con los auspicios de la Grazer Autorinnen/Autoren Versammlung y el Instituto Cervantes, dos recitales, con presentación de otros nuevos libros: *Poemas de calendario*, de Gerhard Kofler, en traducción mía, y *Corazón sobre la tierra/tierra en los Ojos*, mi segundo poemario. Aprovechando la propicia ocasión se expusieron, asimismo, plumillas de Violeta Naranjo y se puso a la venta la antología de poetas austríacos traducidos por Jorge Yglesias, *Piedra sobre piedra*, así como otros títulos disponibles.

LA VITRINA VIENESA

Ya por entonces fue impostergable la adquisición de la vitrina vienesa. Los libros estaban inquietos, le habían tomado el gusto a exhibirse y, lo que es peor, a esconderse. Además, la relativa libertad con que circulaban por la casa y se iban adueñando de ella atentaba contra su entereza física y los tornaba impertinentes, díscolos. Estaban expuestos a demasiados roces, sobre todo cuando llegaban extraños ávidos de *sociabilizar*...

Como el de Rodolfo Häsler, *Poesía y retorno*, que había desaparecido misteriosamente y se negaba, tozudo, a hacer gala de la segunda mitad de su afichada

oferta. Tanto es así que se temió una efímera reencarnación de algún celoso faraón —quizá el de la portada— que lo hubiera echado de menos entre sus alimentos de ultratumba. También, entre los potencialmente prófugos había unos que, so pretexto de izar o recoger sus velas, como cierto *Celare navis*, de Antón Arrufat, y *Adiós naves de Tarsis*, de Reynaldo García Blanco, no dudarían en organizar una zarpada, aunque sólo fuese a título de prueba. Luego estaban los peripatéticos, o diaspóricos, cuyo patológico deseo de ubicuidad aquí, allá y acullá los instaba a un constante revoloteo de un lado para otro: José Kozér (de guayabera), Ruth Behar (con lazo de organza en el pelo), el propio Häsler (luciendo collar de Elegguá), la Blanco (en tutú). Y qué decir de los sonámbulos, como la mismísima Gisela B. con su *Pie tras otro* o su *Memoria de las puertas*, o Laura Ruiz Montes, quien hasta hoy jura que (en la otra vida del ensueño poético) *Yo también he sido extranjera*. Y aquellos *pergaminos* que levitan, cual *Ángel de la nada*, de Daylins Rufin, o se volatilizan cuando *Un soplo dispersa los límites del hogar*, de la mentada Soleida.

Por su parte, los exhibicionistas causaban puros estragos y se ponían a mal traer. Al de Nancy Morejón, con tanto pavoneo, no le quedaba más que un grano de maíz de los muchos que había tenido. (Los orishas cursaron su protesta formal, ofendidos). El de Emily Dickinson, *Sesgo de luz*, no dudaba, a fin de desplegar toda su parafernalia, en mutilar a sombrillazos al vecino, que al punto acusaba lesiones hasta graves. Para no hablar de *Miel imprevista*, de Dulce María Loynaz, cuyo gracioso y potente abanico no dejaba en pie por mucho tiempo a su lado ni al volumen más fornido. Los *Barquitos del San Juan* (revista de los niños) no eran menos revoltosos: enredaban continuamente sus múltiples tiras de colores en cuanto elemento colgante o pringante ostentaran sus colegas de filas inferiores, creando inextricables nudos y trenzas. Y en el *Testamento del pez*, de Gastón Baquero, se hizo tal alarde del tabaco que alguien se lo fumó, legando en herencia sólo el estuchito (máximo sospechoso: mi hijo Ruy).

Como si fuera poco, cada *Revista del Vigía*, con su estelar aparición semestral, se creía *prima donna assoluta*: una, porque era la estación de la seca, otra, porque la de las lluvias; aquella, de pretensiones doctas, lechuza de los huevos de oro; ésta, aristocrática, dizque palma real y de origen griego. Esa de allá era como la mano de Fatma o de Dios, con sus líneas secretas. Aun otra se pretendía a un tiempo sirena, dueña de la luz y celadora de las llaves del reino...

POR EL MANZANARES

Y por la cuesta de Moyano y el parque del Retiro y la Puerta del Sol, *olé*. Coincido con la Vigía en otra feria del libro: ahora la de Madrid. Esta vez tenemos presentación, con solera, en la Casa de América: debutan el mío y el de Kozér (aquel de la guayabera entre los rascacielos). Una gozada ver la auténtica admiración que despiertan las Ediciones Vigía allí. Acabamos, como es natural, en una cafetería madrileña tomándonos unas cañas. El mes siguiente, mientras los editores poetas continúan su gira en otras regiones de España, viaje a La Habana enviada por la citada asociación austríaca, en calidad de traductora y

poeta antologada, a la presentación de una antología bilingüe alemán/español. Como era de esperar, al margen de esa actividad, Vigía se hace presente. Llegan de Matanzas —en el trencito de Hershey: cargados, sudados, pero no menos entusiastas— Jacqueline Méndez (licenciada y madrina bautismal de Vigía) y Johann E. Trujillo (diseñador gráfico en alza), junto con otro joven grabador, Ariel López González. Se trata, dicen, de aprovechar la estancia en La Habana para presentar y difundir, allí, ahora, mi recién estrenado libro. A mi regreso por Madrid —recital de César López, mesa redonda de *Encuentro* sobre poesía— los de Vigía están aún ahí, promoviendo sus libros, prontos ya a partir a la cubana Atenas. Como diría Hölderlin si no hubiese sido suabo. Cuba me ronda, viene a mi encuentro. Zaldívar, Baranda y Blanco se van a tomar unos cubanitos a La Reina de Cuba, ahora sí hasta la próxima.

LA LLAVE

La clave de la gestión de Vigía por Alfredo Zaldívar —la llave que abre la vitrina— es cierto talante suyo frente al tiempo y a la realidad: una cuestión de *modernidad*, en un sentido muy particular. A saber, en el que le dio Baudelaire y que Foucault ha actualizado al definirla como una deliberada y difícil actitud que consiste en recapturar algo eterno que no está ni más allá ni detrás del instante presente, sino dentro de éste. Para el poeta francés, se trataba de extraer todo elemento que lo pasajero pudiese contener de poesía. Foucault, en su ensayo sobre la Ilustración, apunta a una difícil interacción entre la verdad de lo real y el ejercicio de la libertad y resume la modernidad baudelairiana como una actitud en la que la atención extrema a lo real se ve confrontada por la práctica de una libertad que simultáneamente respeta esa realidad y la transgrede. Por un lado, entonces, búsqueda de la poesía en la historia, de lo eterno en lo contingente; por otro, dinámica adecuación de realidad objetiva y libertad. Precisamente en ello ha consistido la visionaria modernidad del fundador de Vigía, tanto en el concepto matriz de las Ediciones como en su gestión durante casi tres lustros, y eso en un entorno general de realidades constrictivas y libertades constreñidas. En tal cuadro *revolucionario*, Zaldívar ha sabido ser esencialmente *moderno*, combinando audacia y tradición, apertura y selectividad, sensibilidad poética y sentido histórico.

Así es Vigía, que tras un fondo de variable intolerancia de culto abre una clara brecha editorial a la temática religiosa o meditativa: además del libro de Vitier y García Marruz sobre san Juan de la Cruz, véanse el ensayo de Roberto Méndez sobre el místico andaluz, *El fuego en el festín de la sabiduría. En torno a la poética y la mística de San Juan de la Cruz*, y su estudio crítico de la obra de Ángel Gaztelu, *Cifra de la granada*, así como poemas de san Juan y del propio Méndez. Y la hermosa selección y traducción de poesía francesa de tema metafísico, *Transparencia ante Dios* (1991), realizada por Enrique Díaz-Guzmán, junto con *De Montserrat a Monserrate: religiosidad, historia, tradición*, crónica histórico-religiosa de la devoción a la Virgen de Montserrat en Matanzas y Cataluña, a cargo de Alfredo Zaldívar y Francesc Catalá. Además de estos

ejemplos de inspiración cristiana, la tradición judía se hace presente a través de las obras de José Kozer y Ruth Behar. Vigía es, pues, la única editorial que, a partir de ese momento, da amplia cabida a la reflexión metafísica en poesía o ensayo, con un criterio ecuménico e incondicionado.

Además, como se ha visto, encuentran voz y eco en *Vigía* durante este período, tanto en sus diversas colecciones como en la *Revista*, escritores del exilio, como Alan West, Sonia Rivera-Valdés, Emilio de Armas y los ya citados Baquero, Häsler, Behar, Kozer y Blanco, cuya existencia, aunque larga y nutrida, apenas empezaba a ser parcialmente reconocida y documentada en alguna revista institucional. Pero, a la par de acoger y difundir a escritores cubanos de calidad residentes fuera de la Isla, Vigía ha sido principalmente un selectivo escaparate de lo mejor y más representativo de las promociones literarias residentes en el territorio nacional. Al mismo tiempo, procuraron abrirse, con un criterio modesto pero seguro, al ancho mundo de la literatura universal, fomentando de este modo, también, la labor de un valioso grupo de traductores, muchos de ellos, además, escritores por derecho propio.

Semejante apertura deliberada y a la vez selectiva a lo existente ha demostrado Vigía también con respecto a lo emergente. Por una parte, han figurado con frecuencia en las colecciones y en particular en la *Revista del Vigía* de esos años, representantes de las recientes hornadas de escritores nacionales cuyo estilo de vida o de reflexión heterodoxos o cuya familiaridad o identificación con las novísimas corrientes del pensamiento crítico internacional los distinguen claramente del intelectual orgánico. Por otra, destaca el enfoque abrazado por Vigía también en lo que al avance tecnológico se refiere. El reemplazo del esténcil y el mimeógrafo manuales por algunas técnicas de reproducción e impresión electrónicas ha redundado en una mayor legibilidad de los textos sin por ello perder su encanto artesanal.

VUELO Y REVUELO EN LA VITRINA

A quince años de aquella feliz fundación a la vera del río San Juan y con todo ese valioso acervo a cuestas, en un rodeo diaspórico cada vez más frecuente entre los intelectuales cubanos residentes en la Isla, Alfredo Zaldívar emprende desde Madrid, en 2000, con la recién lanzada Colección de La Aurora, un nuevo proyecto editorial junto a su compañera y coeditora, Gisela Baranda, y a Johann E. Trujillo como artista gráfico, tríada de probada química y amables resultados: libros artesanales de una nueva generación, desde clásicos hasta curiosidades, ora primicias, ora reediciones, que facilitarán el acceso de un selecto público europeo, cada vez más agresivamente sometido a la masificación editorial, a esta otra manera, casi olvidada, de desplegar o enmarcar o iluminar el texto escrito. Con ello se abre una nueva era de riesgos y potencialidades, tanto para estos intrépidos como para el equipo matancero de las Ediciones Vigía, que a partir de esa fecha queda bajo la dirección de Agustina Ponce, colaboradora de larga data.

La Colección de la Aurora, de Alfredo Zaldívar, cumple, no sin ingentes esfuerzos pero con éxito cabal, su programa: doce tomos en entrega mensual durante la temporada editorial julio 2000 - junio 2001, cada uno con una tirada de 50 ejemplares numerados, firmados, iluminados y manufacturados, con autores que van de José Martí a Nicolás Guillén, pasando por Antonio José Ponte, Iván de la Nuez y veinte poetisas cubanas. Hasta entonces había reinado relativa paz en la vitrina vienesa. Mas al llegar aquellos, cundió el pánico. Eran menos pero venía cada uno en su caja. Ocupaban por tanto más lugar y al estar encerrados cobraban prestigio, fama de inabordables, elitistas, soberbios. Pero lo que no sabían los antiguos era cuánta lucha habían dado esos vástagos de la antepenúltima diáspora y cuán trascendente ese golpe de timón para aquellas inmemoriales constelaciones de colaboración, amistad y amor.

VEINTE AÑOS NO ES NADA

Al cierre de La Aurora, Johann Trujillo y luego Alfredo Zaldívar vuelven a Matanzas; Gisela Baranda prolonga su estadía en Madrid, en busca de renovada inspiración. Ya en la Atenas cubana, tras dejar como herencia a las Ediciones y a la *Revista del Vigía* su talante visionario y una gestión editorial intachable y sabia, Zaldívar pasa a la Editorial Matanzas y recibe poco después el Premio Nacional de edición. Johann lo sigue a esa editorial, y en 2004 gana el Premio Nacional de diseño editorial. Nuevas empresas personales y colectivas: idéntico compromiso artístico, repetido éxito.

Allí cerca, junto a Agustina Ponce y el empeñoso equipo de Vigía, en la casona a la vera del San Juan, Laura Ruiz Montes y Rolando Estévez, respectivamente editora y diseñador principales, continúan perfeccionando la original labor comenzada hace ahora veinte años, fomentando los reflejos de libertad y creatividad artísticas frente a la cultura institucionalizada. Bello ejemplo reciente: *Parloteo de sombra* (2003), de Damaris Calderón, poeta cubana residente (y premiada) en Chile.

Y en 2005, fiesta de cumpleaños e invitación a colaborar en la antología del XX aniversario de las Ediciones Vigía. Para mí, una forma más de volver. Como dice el tango.